

fundamental en su vida, como fue la que medió entre el fin de la guerra civil y la publicación de *Rimas*. Hay una serie de temas y motivos que son obsesivamente recurrentes en ambos poetas, y curiosamente son fundamentales para Rosales entre 1940 y 1950, e incluso después: la imagen de la madre como consuelo y como protectora, la mitificación de la infancia, la idea del dolor asociado a la alegría, los objetos y los recuerdos llamados a lograr una íntima comunión con el hombre, el enaltecimiento de la casa, de lo lárnico; pero –y sobre todo– que tanto para Rilke, como para Rosales –y fundamentalmente para el Rosales que se forja en los años cuarenta– no hay distinción entre los vivos y los muertos, que forman una misma unidad, una misma realidad, como tampoco entre pasado, presente y futuro: todos comparten un mismo tiempo único, una misma dimensión de recuerdos y comunión de experiencias y sentires. La memoria, el recuerdo, la presencia ineluctable del tiempo se hace presente a lo largo de la obra completa de Rosales de un modo casi tangible. Memoria que sólo será entera cuando el tiempo conserve dentro de sí pasado, presente y futuro, cuando el dolor sea un don al estar preñado de alegría, cuando la vida y la muerte sean complementarias e indistinguibles, porque forman parte de esa realidad única, cíclica y eterna. La muerte se concibe junto a la vida como la expresión del absoluto, y la memoria –humana manifestación de la temporalidad– se forja como la vía unitiva entre estos dos frentes esenciales de la existencia.

La influencia de *Los apuntes de Malte Laurids Brigge* y *Las Elegías de Duino* serán cruciales en el Rosales de la década de los cuarenta, hasta el punto de que podríamos llegar a afirmar que quizá sin la influencia de Rilke *La casa encendida* y *Rimas* habrían sido dos libros muy distintos. Si comparamos las obras de Rilke a las que Rosales tuvo acceso entre 1940 y 1950 –en castellano, francés e italiano– y las que él escribió en esos mismos años, nos sorprenderá comprobar que muchas de las obsesiones rilkeanas pasarán a serlo también de Rosales, y sin embargo, el poeta granadino no admitirá la influencia de Rilke hasta 1983 [27]. La trabazón es tal, la comunión resulta tan nítida que aceptarlo décadas antes quizá habría supuesto reconocer una excesiva depen-

dencia con la obra del poeta de Praga, esa es la respuesta que podríamos aventurar ante tan extraña actitud.

En el caso de *Rimas* y de *El contenido del corazón*, los temas que hemos destacado en Rilke confluyen en estas obras de manera notoria, pero al respecto de *La casa encendida*, su influencia no se limita únicamente al fondo, sino que también se circunscribe a la forma. Ambas obras, *Las Elegías de Duino* y *La casa encendida* fueron escritas de manera caudalosa, en un torrente de inspiración. La casa encendida está escrita en versículos, versos salmódicos, libres, sin rima. El ritmo se basa en la repetición de ideas, de frases, de conceptos en los que se insiste, y que se entrecruzan a lo largo del poema a modo de letanías que conforman este tono oracional plagado de metáforas sugerentes y de imágenes vibrantes. Como indicamos anteriormente, la poesía de Rosales es sucesiva, pero también retrocede y se enreda, más que lineal o cíclica es poesía en espiral, en bucle, asimilativa; de igual modo, en *Las Elegías*, Rilke repite unos mismos temas que se entrelazan y van formando una trama sugerente de conceptos abstractos, un despliegue de pensamientos que dispone el tono de cada una de las distintas partes de su obra al tiempo que manifiesta una continuidad, una unión meditativa de conjunto. A su vez, *La casa encendida* muestra una unidad más coherente, si bien ambas son elegíacas e himnicas, cántico y salmo, oración y alabanza. Rilke y Rosales presentan una obvia similitud de pensamientos, una comunión de ideas y conceptos poéticos y existenciales. Cabe constatar que Rosales pudo haber tomado prestadas estas mismas ideas de la poesía de Vallejo, con quien también converge en ideas y credos éticos y estéticos antes incluso de la guerra civil. Pero después de la guerra la obra de Rilke tomaría el testigo, y no sólo en cuanto a temas: de hecho, muy probablemente Rosales se inspirara en *Las Elegías de Duino* para construir el molde formal de *La casa encendida*.

Una mayor importancia todavía a la hora de profundizar en la comprensión de la poética de Rosales guarda, tal como hemos anunciado al principio del ensayo, el análisis de algunos de los primeros textos por él publicados en la década de los años cuarenta. La primera estación de nuestro recorrido es muy temprana: en los veranos de 1941 [28] y 1942 [29] aparecen en la revista Escorial las

dos primeras entregas de *El contenido del corazón*. En un inicio el poeta granadino tenía previsto dividir esta obra en tres partes, dedicadas a la madre, el amor y la amistad. Finalmente optó por reducir la temática y centrarse en la primera de ellas. No obstante, el propósito de estructurar un libro de poemas en función de esos tres ejes de contenido quedó latente, y de esta idea surge, sin lugar a dudas, *La casa encendida* [30]. Y será en este último libro donde Rosales entone un canto a la amistad (al hacerse la luz en la primera habitación, donde encuentra a Juan Panero, con quien rememora los días felices en la Facultad de Filosofía y Letras, al tiempo que enumera a tantos otros amigos comunes); al amor (cuando al iluminarse la segunda estancia aparezca en ella María–María Fouz, quien después se convertiría en su esposa–); y finalmente a la madre (en la tercera de las estancias, la que corresponde a la casa familiar, la casa originaria, en Granada; en este capítulo la figura de la madre adquiere un gran protagonismo –al menos en cuanto a la primera edición de *La casa encendida* se refiere, pues en el momento en el que Rosales la reedita para dar cabida a la memoria del padre, las cosas cambian–), quedando así perfectamente cerrado el círculo. De este modo podríamos afirmar que *La casa encendida* sería, en realidad, el libro que mejor se ajustaría a la idea que Rosales concibiera en 1941, al plantearse la escritura de un poemario donde desarrollar esos tres ejes temáticos: la madre, el amor, la amistad. Y de hecho, será en esta primera entrega donde vamos a percibir de un modo más claro hasta qué punto es cierta esa idea que Rosales repitió hasta la saciedad: que *La casa encendida* surgía de *El contenido del corazón*, y no a la inversa.

En esas publicaciones germinales de *El contenido del corazón* –sobre todo en la primera– vamos a advertir numerosos indicios que prueban hasta qué extremos *La casa encendida* surge de esos capítulos publicados a principios de los años cuarenta. Así, en la entrega inicial encontramos unos textos especialmente significativos. Se trata del primero y el sexto, ambos igualmente titulados «Confesión». Juegan el papel de introducción e interludio, y son prosas reflexivas en las que el yo poético vuelve la mirada hacia sí mismo y se cuestiona su identidad. Podemos encontrar un cierto paralelismo temático y formal entre estos textos de cariz meditativo y los poemas-poéticas que abren las distintas partes de *La*